

ÍNDICE

Sangre, sudor y <i>pulps</i> , por Jesús Palacios	9
Álbum de ilustraciones	53
Los hombres topo quieren tus ojos <i>The Mole Men want your Eyes</i> Frederick C. Davis	65
El señor de los muertos <i>Lord of the Dead</i> Robert E. Howard	125
El barco del demonio dorado <i>Ship of the Golden Ghoul</i> Lazar Levi	173
Terror en el rancho de vacaciones <i>The Dude Ranch Horror</i> Richard Tooker	209
Tumbas para los vivos <i>Graves for the Living</i> William Irish	249
Locura rubia <i>Blonde Madness</i> Arthur Humbolt	313
La cosa que cenaba muerte <i>The Thing that Dined on Death</i> John H. Knox	337

La profecía	379
<i>The Prophecy</i>	
Hugh B. Cave	
Sangre para el vampiro muerto	411
<i>Blood for the Vampire Dead</i>	
Robert Leslie Bellem	
Tigresa	433
<i>Tiger Cat</i>	
David H. Keller	
Cuando la bestia negra se sació	457
<i>When the Black Fiend Fed</i>	
Hal K. Wells	
Momias a la carta	483
<i>Mummies to Order</i>	
E. Hoffmann Price	
Novias frescas para la hija del diablo	513
<i>Fresh Fiancés for the Devil's Daughter</i>	
Bruno Fisher	
[Russell Gray]	

Tigresa

El hombre hizo todo lo posible por venderme la villa. Confiaba en que me gustaría y mencionó las vistas en repetidas ocasiones.

Había algo de cierto en lo que dijo acerca del paisaje. La casa, edificada en la cima de la montaña, dominaba el valle, abarrotado de viñas y salpicado de cabañas. Era una cuenca irregular de praderas verdes y casas de piedra encaladas de un blanco brillante casi doloroso a la vista.

El valle se extendía unos cinco kilómetros en la parte más ancha. De pie y delante de la puerta de entrada, un francotirador con mira telescópica habría podido meter una bala en cada una de las blancas casitas, que se resguardaban como pequeñas perlas entre un mar de verdes viñas.

—Un paisaje maravilloso, *signor*—repitió el vendedor de la inmobiliaria—. Estas vistas, en cualquier época del año, valen el doble de lo que le estoy pidiendo por la casa.

—Pero puedo ver todo esto sin necesidad de comprarla —rebatí.

—No puede, a menos que entre ilegalmente en una propiedad privada.

—Pero todo esto es antiguo. No hay agua corriente.

—¡Se equivoca! —y sonrió abiertamente, mostrando una hilera de dientes de oro—. Escuche.

Nos quedamos en silencio.

Nos llegó entonces un sonido de agua borboteando. Me giré y me dirigí hacia el sonido. Encontré un cupido de mármol del que manaba de una forma bastante peculiar un chorro de agua sobre una pileta adosada a la pared. Sonreí y comenté:

—Hay una igual en Bruselas y otra en Madrid. Pero ésta es muy buena. Sin embargo, yo me refería antes a agua corriente dentro de un baño moderno.

—Pero ¿para qué bañarse si puede sentarse aquí y disfrutar del paisaje?

Era inútil insistir. Así que le firmé un cheque, tomé su contrato de compraventa y me convertí en el propietario de una montaña coronada por una casa de piedra que parecía estar medio en ruinas. Pero él no sabía, ni tampoco yo se lo dije, que consideraba que la fuente por sí sola ya valía lo que le había pagado. De hecho había venido a Italia para comprar esa fuente; comprarla y llevármela a América conmigo. Lo sabía absolutamente todo acerca de esa curiosa figura de mármol. George Seabrook me había escrito hablándome de ella. Sólo una carta y luego desapareció Dios sabe dónde. George era así, nunca paraba quieto. Ahora yo era el propietario de la fuente y ya estaba planeando dónde iba a colocarla en mi casa de Nueva York. Desde luego no en el jardín de rosas.

Me senté en un banco de mármol y miré hacia el valle. El vendedor tenía razón. Era un paisaje delicado y acogedor. Las montañas circundantes eran lo suficientemente altas para proyectar una sombra constante sobre parte del valle, excepto a mediodía. No se detectaba rastro de vida, pero estaba seguro de que los campos de viñas hervían de vida y cobijaban a los campesinos y sus familias.

Desperezándome, eché un vistazo al coche y luego entré en la casa. En la cocina se hallaban sentados dos campesinos, un anciano y una anciana. Se levantaron cuando entré.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté en italiano.

—Servimos aquí —contestó el hombre.

—¿Sirven a quién?

—A quienquiera que sea el amo.

—¿Llevan viviendo aquí mucho tiempo?

—Siempre hemos vivido aquí. Es nuestro hogar.

Su afirmación me divirtió.

—Los amos vienen y van, pero ustedes permanecen aquí.

—Eso parece.

—¿Ha habido muchos amos?

—¡Vaya que sí! Vienen y luego se van. Hombres jóvenes y agradables como usted, pero nunca se quedan. Compran y miran el paisaje, comen con nosotros unos cuantos días y luego se marchan.

—¿Y luego la casa vuelve a ponerse en venta?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Cómo vamos a saber eso? Nosotros somos simples sirvientes.

—Bueno, entonces sírvanme la cena fuera, bajo el emparrado, donde pueda ver el paisaje.

La mujer se dispuso a obedecer mis órdenes. El hombre se me acercó un poco más.

—¿Quiere que le lleve las maletas al dormitorio?

—Sí. Iré con usted a deshacerlas.

Me llevó a una habitación en la segunda planta. Había una cama y una vieja cómoda. El suelo y el resto de la habitación estaban impolutos. Las paredes acababan de ser encaladas. Su suave blancura invitaba a maravillosas maneras de mancharlas: pintar un dibujo, escribir un poema, o la descuidada firma retorcida que tanta desesperación causaba a mis padres.

—¿Han dormido aquí todos los amos? —pregunté despreocupadamente.

—Todos.

—¿Sabe si uno de ellos se llamaba George Seabrook?

—Creo que sí. Pero vienen y luego se marchan, y yo soy viejo y tengo mala memoria.

—Y de todos estos amos, ¿alguno de ellos escribió en alguna ocasión algo en las paredes?

—Ciertamente. Todos escribieron con lápiz lo que desearon escribir. ¿Y por qué no iban a hacerlo? Mientras permanecieron aquí esta

casa les pertenecía. Pero siempre lo arreglamos todo cuando llega un nuevo amo, limpiamos y pintamos las paredes de nuevo.

—¿Y siempre han estado seguros de que vendría un nuevo amo?

—Claro. Alguien debe pagarnos el sueldo.

Con gesto serio coloqué una moneda de oro en su ávida palma, preguntando al mismo tiempo:

—¿Qué escribían en las paredes?

Me miró con ojos viejos, y sin pestañear dijo lentamente:

—Cada cual escribió o dibujó lo que le apeteció, eran los dueños y podían hacer lo que quisieran.

—Pero ¿cuáles eran las palabras?

—No sé hablar inglés, o leerlo.

Evidentemente, el hombre no iba a hablar. La situación me resultaba completamente intrigante. Los mismos sirvientes, la misma casa, pero muchos amos. Venían, compraban y escribían en la pared, y luego se marchaban. Más tarde mi amigo el agente volvía a vender la vivienda. ¡Menudo negocio!

En el piso de abajo, degustando una deliciosa comida italiana bajo el emparrado y disfrutando de las maravillosas vistas, sonreí al pensar en mis conjeturas. Comí espaguetis, olivas, pan negro y vino. El silencio flotaba denso en la tarde plomiza y somnolienta. El cielo se tiñó de color cobrizo. Estaba a punto de llover. El viejo apareció y me llevó hasta un lugar donde podía aparcar el coche, un entrante en el muro de la vivienda, abierto por un extremo pero a resguardo de las inclemencias del tiempo. Los muros de piedra estaban ennegrecidos de grasa y aceite; obviamente, más de un coche había sido aparcado allí.

De regreso al porche de piedra esperé la llegada de la tormenta. Llegó en forma de pesada cortina grisácea de agua sobre el valle. Poco a poco fue acercándose hasta anegar toda la villa, por lo que me vi obligado a resguardarme dentro. La mujer estaba encendiendo unas velas. Tomé una de entre sus manos.

—Quiero echar un vistazo al resto de la casa —expliqué. Ella no protestó, así que comencé a explorar la planta baja. Una de las habitaciones era sin duda el dormitorio de los sirvientes, otra la cocina y las otras dos restantes podrían haber sido en otro tiempo el comedor y el salón. Había pocos muebles y las paredes amarilleaban por el paso del tiempo y el moho. Un tramo de escalones de piedra conducía al piso superior, donde estaba el dormitorio, otro tramo bajaba al sótano. Decidí empezar por allí.

Los escalones no eran de madera, sino que estaban tallados en la piedra. El sótano era tan sólo un agujero cúbico excavado en la montaña. Todo tenía aspecto de ser muy antiguo. Tuve la extraña sensación de que originalmente el sótano había sido una cripta y que la casa se construyó más tarde sobre ella. Pero cuando llegué al final de la escalera nada indicaba que fuera un sepulcro. Se veían unas cuantas barricas pequeñas de vino, algunos trastos viejos, trozos de cuerda y piezas de hierro oxidado en las esquinas; a excepción de esto, la estancia se hallaba vacía y polvorienta.

«Qué habitación más extraña», pensé. De alguna forma parecía fuera de lugar y proporción en comparación con la villa que se erguía sobre ella. Yo había esperado encontrar algo más grande y más lúgubre. Mientras la inspeccionaba me fijé en las paredes y fue entonces cuando percibí algo que puso en alerta mis sentidos.

Tres paredes de la habitación habían sido excavadas en la roca, pero la otra estaba hecha de madera, y en medio había una puerta. ¡Una puerta! ¿Para qué iba a estar allí sino para conducir a otra estancia? Había una puerta, y eso permitía intuir la existencia de algo al otro lado. ¡Y menuda puerta! Era más una barricada que una partición. Las bisagras de hierro habían sido colocadas para soportar peso y proporcionar defensa y apoyo. También había un ojo de cerradura enorme; si la llave era de similares proporciones, ésta debía de ser una de las llaves más grandes que jamás hubiera visto.

Como es natural, sentí el impulso de abrir la puerta. Como amo de la hacienda tenía derecho a hacerlo.

En el piso de arriba la anciana no parecía capaz de entenderme y terminó diciéndome que fuera a ver a su marido. Él, a su vez, parecía incapaz de seguir mi conversación. Finalmente, le llevé hasta la puerta y señalé el ojo de la cerradura. En inglés, en italiano y en lenguaje de signos. Le dije tajantemente que quería la llave de esa puerta. Al final, tuvo que admitir que había entendido mis preguntas. Negó con la cabeza. Nunca había tenido la llave de esa puerta. Sí, sabía que existía esa puerta pero nunca había estado al otro lado. Era muy antigua. Quizás sus antepasados conocían lo que escondía detrás, pero estaban todos muertos. Me dejó tan exhausto la conversación que apoyé la mano sobre la bisagra superior. Sabía que me estaba engañando. ¿Había vivido allí toda la vida y nunca había visto esa puerta abierta?

—¿Y no tiene la llave para esta puerta? —repetí.

—No. No tengo ninguna llave.

—¿Quién tiene la llave?

—El propietario de la casa.

—Pero yo soy el propietario.

—Sí, usted es el amo; pero yo me refiero a la persona que siempre la posee.

—Entonces, ¿los distintos amos no compran el lugar en realidad?

—Lo compran, pero vienen y van.

—¿Y el propietario lo vende y lo recupera una y otra vez?

—Sí.

—Debe de ser un negocio redondo. ¿Y quién es esa persona que la posee?

—Donna Marchesi.

—Creo que la conocí ayer en Sorona.

—Sí, es allí donde vive.

La tormenta había pasado. Sorona estaba tan sólo a dos millas, al

otro lado de la montaña. El sótano, la puerta, la incertidumbre de lo que había al otro lado, todo me intrigaba. Le dije al hombre que estaría de vuelta para la cena y me fui a mi habitación para cambiarme y hacer una visita a media tarde.

En el dormitorio me percaté de que tenía la mano negra de aceite.

Y ese hecho me confirmó bastantes cosas, ya que se trataba de la mano que había tenido apoyada en la bisagra de la puerta. Me lavé, me cambié de atuendo y me fui en coche a Sorona.

Afortunadamente, Donna Marchesi estaba en casa. A pesar de haberla visto antes, fue ahora cuando percibí su belleza etérea por primera vez. Al menos, me pareció etérea en una primera impresión. En algunos aspectos era la mujer más bella que hubiera visto jamás: la piel blanca como la leche, cabello pardo rojizo a mechones recogido sobre la cabeza, y ojos de un verde extraño, con las pupilas como grietas en lugar de círculos. Llevaba las uñas largas y pintadas de rojo, a juego con el color cobrizo de su cabello. Parecía sorprendida de que la visitase, y más sorprendida aún cuando oyó mi petición.

—¿Ha comprado usted la villa? —preguntó.

—Sí, aunque cuando la compré no sabía que usted era la propietaria. El agente nunca me dijo a quién representaba.

—Lo sé —me dijo con una sonrisa—. Franco tiene algunas rarezas. Siempre se hace pasar por el propietario.

—Sin duda ya lo ha hecho varias veces.

—Eso me temo. El lugar parece haber tenido muy mala suerte. Lo vendo con una cláusula de excepción. El propietario debe vivir allí. Y ninguno parece querer quedarse, así que el lugar vuelve a pertenecerme.

—Parece ser un lugar bastante antiguo.

—Muy antiguo. Ha pertenecido a mi familia durante generaciones. He intentado deshacerme de él, pero ¿qué puedo hacer cuando los jóvenes que lo compran no se quedan? —se encogió de hombros enfatizando el interrogante.

—Quizás —rebatí— si supiesen que usted es la propietaria, como lo sé yo ahora, estarían más dispuestos a quedarse para siempre en Sorona.

—Hermosa manera de decirlo —respondió ella.

La habitación se quedó en silencio y pude oír su respiración; sonaba como el profundo ronroneo de un gato.

—He venido a por la llave —dije bruscamente—, la llave de la puerta del sótano.

—¿Está seguro de que la quiere?

—¡Totalmente seguro! Es mi casa, mi sótano y mi puerta. Quiero la llave. Quiero ver lo que hay al otro lado de la puerta.

Entonces pude ver cómo se le estrechaban aún más las pupilas en los ojos, hasta quedar reducidas a dos finas líneas. Me miró durante un segundo y, luego, abriendo un cajón de un armario que había junto a la silla, sacó la llave y me la dio. Era un objeto merecedor de la puerta que se suponía que abría; medía unos veinticinco centímetros de largo y debía de pesar medio kilo.

La tomé mientras le daba las gracias y me despedía. Quince minutos más tarde regresé hecho un mar de disculpas: es que era muy temperamental, le expliqué, y frecuentemente cambiaba de opinión. Fuera lo que fuese lo que estuviera al otro lado de la puerta, podía permanecer allí por lo que a mí concernía. A continuación volví a besarle la mano a modo de despedida.

Unos minutos antes, en una calle colindante había visitado a un cerrajero y esperé mientras me hacía una copia de la llave. Éste copió la silueta de la llave original sobre cera. Una hora más tarde estaba de regreso en la villa, con la llave en mi bolsillo, una llave que estaba seguro de que abriría la puerta. Confiaba también en que la dama de ojos de gato estuviera convencida de que yo había perdido todo interés por esa puerta y lo que había tras ella.

La luna llena acababa de asomar por encima de las montañas cuando me dirigí en coche a la casa. Estaba cansado, pero feliz.

Tomando una vela que me ofreció la vieja sirvienta con una profunda reverencia, subí las escaleras hacia mi dormitorio. Y en breve dormía profundamente.

Me desperté sobresaltado. La luna aún brillaba. Era medianoche. Escuché o creí escuchar unos quejidos lastimeros. Sonaban intermitentes, como olas golpeando contra rocas de playa. Luego cesaron y fueron reemplazados por un elemento musical que se elevó con aires majestuosos. Aquellos sonidos llegaban a la habitación, pero parecían proceder de muy lejos; tan sólo aguzando al máximo el oído podía captarlos.

Me calcé las zapatillas, y con una linterna en la mano y la llave en el bolsillo de la bata, descendí lentamente las escaleras. Los ronquidos que llegaban desde la habitación de los sirvientes indicaban, o parecían indicar, que estaban profundamente dormidos. Abajo, en el sótano, me dirigí a la puerta e introduje la llave en la cerradura. La llave giró con facilidad, no había óxido allí, los muelles y pestillos habían sido bien engrasados, al igual que las bisagras. Era obvio que la puerta era utilizada con frecuencia. Apuntando la luz hacia las bisagras, pude ver lo que me había ensuciado la mano con aceite. Maldije a los sirvientes con todo mi ser. Sabían lo de la puerta. ¡Sabían lo que había al otro lado!

Justo en el instante que iba a abrir la puerta oí la voz de una mujer cantando en italiano; sonaba como un fragmento de ópera. El aria fue seguida de aplausos, y luego unos gemidos y un grito agudo como de alguien que ha sido lastimado. Ya no había ninguna duda acerca de dónde provenían los sonidos que había escuchado en mi dormitorio; venían del otro lado de la puerta. Allí había un misterio que debía resolver. Pero no estaba aún preparado para resolverlo; así que giré la llave sin hacer ruido y dejando la puerta cerrada regresé de puntillas a la cama.

En vano traté de encontrar alguna explicación. Tan sólo surgían un sinfín de combinaciones de explicaciones imposibles, todas ellas llenas de conjeturas absurdas. No terminaba de encontrar la relación entre las partes, y hasta que esto ocurriera sabía que las explicaciones que iban surgiendo eran erróneas, porque no terminaban de cuadrar.

¡Demasiados cambios de amos! Uno tras otro vinieron y compraron y... desaparecieron. Una pared encalada. ¿Qué secretos se ocultaban bajo esa cal? Una puerta en un sótano. ¿Qué maldades se cometían tras ella? Una llave y un cerrojo bien engrasado, y unos sirvientes que lo sabían todo. Una y otra vez la pregunta volvía a mi cabeza inútilmente. ¿*Qué hay detrás de esa puerta?* No había una respuesta obvia. ¡Pero Donna Marchesi lo sabía! ¿Era su voz la que había oído? Ella sabía casi todo, pero había una cosa que desconocía. No sabía que yo podía pasar por esa puerta y descubrir lo que había al otro lado. Ella no sabía que yo tenía la llave.

Al día siguiente fingí estar indispuesto y me pasé la mayor parte del día vagueando y dormitando en mi habitación. No bajé hasta la medianoche. Los sirvientes estaban dormidos con toda seguridad a esa hora. Con una dosis de cloral en el vino que tomaron me aseguré de que durmiesen profundamente. Totalmente vestido y con una automática en el bolsillo, bajé hasta el sótano y abrí la puerta. Se abrió silenciosamente sobre las bisagras engrasadas. La oscuridad al otro lado era como la negrura del infierno. Un olor indescriptible me dio la bienvenida, un olor a prisión y el sonido suave, entre sollozo y balbuceo, de niños durmiendo, soñando pero infelices.

Iluminé la habitación con la linterna. No era una habitación sino más bien una caverna, una gruta que se extendía a lo lejos. El techo se sostenía sobre unos pilares de piedra colocados a intervalos regulares. Se podía ver una hilera de columnas blancas hasta donde alcanzaba la luz.

Y a cada uno de los pilares se hallaba atado con cadenas un hombre. Estaban dormidos. De ellos procedían los ronquidos, gruñidos

y suspiros que se oían, pero ni una sola pestaña se movió. Incluso cuando apunté con la luz directamente a sus rostros sus ojos permanecieron cerrados.

Aquellos rostros me revolviéron el estómago; blancos, ajados y surcados de arrugas de profundo sufrimiento. Estaban totalmente cubiertos de cicatrices; cicatrices largas y finas, algunas frescas y rojas, sanguinolentas; otras viejas y de un blanco mortal. Finalmente, los párpados hundidos y su incapacidad para ver y reaccionar a mi linterna me revelaron la espantosa realidad. Aquellos hombres estaban ciegos.

Una visión de lo más placentera: un hombre ciego mirando eternamente a la oscuridad de su vida y encadenado a un pilar de piedra... esto era ya de por sí lo suficientemente terrible; pero ¡multipliquen esta visión por veinte! ¿Era peor? ¿Podía ser peor? ¿Podían veinte hombres sufrir más que uno solo? Y en ese momento una idea surgió en mi mente, una idea terrible e inverosímil, tan horrible que comencé a dudar de mi propia cordura. Sin embargo, ahora las cosas empezaban ya a cuadrar. ¿Podrían ser esos hombres los anteriores amos? Venían y compraban y luego se marchaban... ¡Para acabar en el sótano y permanecer allí!

—¡Oh! ¡Donna Marchesi! —susurré—. ¿Qué tienen esos ojos de gato? Si tienes algo que ver con todo esto, es que no eres una mujer. Eres una tigresa.

Llegué a la conclusión de que tan sólo entendía parte de todo el misterio. El último amo se le presentó pidiendo la llave del sótano, y luego, cuando pasó por esa puerta, nunca la abandonó. Pero ahora ella y sus sirvientes no estaban allí para darme la bienvenida esa noche, porque no sabían que yo tenía la llave.

Me vino a la mente la idea de que quizás uno de aquellos hombres adormecidos era George Seabrook. Él y yo solíamos jugar al tenis juntos y nos conocíamos como si fuéramos hermanos. Tenía una gran cicatriz en el dorso de la mano derecha; una cicatriz blanca

con forma de estrella. Con esto en mente, anduve cuidadosamente de un hombre dormido a otro, observando sus manos derechas. Y encontré una mano derecha con una cicatriz con la misma forma que la que yo conocía tan bien. Pero ¡aquel ciego, tan sólo un esqueleto recubierto de piel, encadenado a una cama de piedra! ¡Ése no podía ser mi alegre y joven compañero de tenis, George!

El descubrimiento me revolvió el estómago. ¿Qué significaba todo esto? ¿Qué *podría* significar? Si Donna Marchesi era la causante de toda esta miseria, ¿cuáles eran sus razones?

Seguí andando por la gruta. Parecía no tener fin, y algunas de las columnas estaban rodeadas de cadenas vacías. Solamente las que estaban más cercanas a la puerta tenían moscas humanas atrapadas en su red. En la otra dirección hileras de pilares se extendían en las profundidades del olvido. Creí divisar al final la oscura boca de un túnel, pero no estaba seguro de atreverme a ir tan lejos y descubrir la verdad.

Y en ese momento, de aquel túnel salió una voz, una melodía. Me quité los zapatos y corrí junto a la puerta, escondiéndome lo mejor que pude en un hueco en penumbra excavado en una de las rocas. Permanecí allí en la oscuridad, con la linterna apagada y la culata del revólver en la mano.

El canto se hizo cada vez más fuerte, y luego la cantante apareció. ¡Era Donna Marchesi! Llevaba una lámpara en una mano y una cesta en la otra.

Colgando la lámpara en un clavo en la pared, tomó la canasta y fue acercándose uno a uno a los hombres durmientes. Con cada uno de ellos realizaba la misma operación; los despertaba dándoles una patada en el rostro, y luego, cuando se sentaban llorando y doloridos, les colocaba un duro panecillo en sus temblorosas manos extendidas. Cuando hubo alimentado a todos se hizo el silencio, tan sólo roto por el roer de dientes que mordisqueaban las duras cortezas. Los pobres diablos estaban hambrientos, y lentamente morían de

hambre... ¡Cómo devoraban el pan! Ella reía con placer animal cuando los desgraciados le pedían más. De pie bajo la luz de la lámpara, un diablo encantador con vestido de generoso escote se reía de ellos. ¡Juro que en ese momento pude ver sus ojos amarillos, dilatados en la penumbra!

Súbitamente les dio una orden.

—¡De pie, perros, de pie!

Como animales bien amaestrados, se levantaron atolondradamente pero tan rápido como les permitieron sus miembros temblorosos y las pesadas cadenas. Dos de ellos fueron más lentos en obedecerla y les golpeó en la cara con un pequeño látigo hasta que gimieron de dolor.

Permanecieron de pie en silencio, veinte extraños ciegos, encadenados a igual número de pilares de piedra. Y luego, la mujer, colocándose en medio de todos ellos, comenzó a cantar. Era una voz bien entrenada pero metálica, y las notas altas sonaban como el alarido de un animal salvaje. En esos tonos desaparecía toda dulzura femenina. Cantó una ópera italiana que reconocí haber oído antes. Mientras cantaba, su público esperó en silencio. Finalmente acabó y comenzaron a aplaudir. Manos consumidas golpeaban ruidosamente contra manos consumidas.

Ella pareció observarles con atención, como si estuviera calculando el grado de su apreciación. Evidentemente, el de uno de ellos no la satisfizo. Se le acercó y le hundió las uñas rojas como garras en el rostro, causándole arañazos tan profundos que tanto el rostro como las uñas quedaron ensangrentadas. Cuando acabó de cantar la segunda canción, aquel hombre aplaudió más fuerte que ningún otro. Había aprendido la lección.

La mujer acabó dándoles a todos otro panecillo y un cazo con agua. Luego, con la lámpara y la cesta en las manos, se alejó y desapareció por el túnel. Los ciegos, llorando y maldiciendo con ira impotente, volvieron a desplomarse sobre sus camas de piedra.

Me acerqué a mi amigo y le tomé de la mano.

—¡George! ¡George Seabrook! —susurré.

Él se incorporó y gritó.

—¿Quién me llama? ¿Quién hay ahí?

Se lo dije y rompió a llorar. Finalmente se tranquilizó lo suficiente como para poder hablarme. Lo que me contó, con pequeñas variaciones, era la historia de todos los hombres que estaban allí y todos los que habían estado allí pero habían muerto. Todos habían sido amos durante un día o una semana. Todos descubrieron la puerta del sótano y visitaron a Donna Marchesi solicitando la llave. Algunos habían sospechado y escribieron sus pensamientos en las paredes del dormitorio. Pero a todos, al final, les pudo más la curiosidad y terminaron abriendo la puerta. Al otro lado eran apresados y encadenados a un pilar y allí permanecían hasta morir. Algunos vivieron más que otros. Smith, de Boston, llevaba allí dos años, aunque tosía con frecuencia y no pensaban que fuera a durar mucho más tiempo con vida. Seabrook me dio los nombres de todos. Eran de las mejores familias de América, además de tres ingleses y un francés.

—¿Y estáis todos ciegos? —murmuré, temiendo la respuesta.

—Sí. Ocurre la primera noche que pasamos aquí. Lo hace ella con sus uñas.

—¿Y viene todas las noches?

—Todas. Nos da de comer y nos canta y nosotros la aplaudimos. Cuando uno de nosotros muere, ella libera el cuerpo y lo lanza por un agujero en algún sitio. Ella nos menciona ese agujero algunas veces y se pavonea de que lo va a llenar por completo antes de parar.

—Pero ¿quién le ayuda?

—Creo que es el vendedor de la inmobiliaria, Franco. Y por supuesto, los dos viejos diablos de ahí arriba también. Creo que deben drogarnos. Algunos de los hombres dicen que fueron a dormir a su dormitorio y despertaron encadenados a estos pilares.

Mi voz tembló al inclinarme y susurrarle al oído:

—¿Qué harías, George, si ella viniera a cantar y tú fueses consciente de que no estás encadenado, de que tú y los otros hombres no estáis encadenados? ¿Qué haríais entonces, George?

—Pregúntales a ellos —refunfuñó—. Pregúntales uno a uno. Pero yo sé lo que haría. ¡Y tanto que lo sé!

Y rompió a llorar, porque unos segundos después supo que no sería capaz de hacerlo; lloró de rabia e indefensión hasta que las lágrimas brotaron de sus órbitas vacías.

—¿Viene siempre a la misma hora?

—Eso creo. Pero el tiempo ya no significa nada para nosotros. Tan sólo esperamos a la muerte.

—¿Están las cadenas cerradas con llave?

—Sí, y ella debe tener la llave. Pero podríamos limar los eslabones si pudiéramos conseguir limas. Si tuviéramos una podríamos liberarnos. Quizás el viejo de arriba también tenga llave, pero no lo creo.

—¿Escribiste algo en aquella pared tan aseada de arriba, la pared encalada?

—Lo hice; creo que todos lo hicimos. Un hombre escribió un soneto para la mujer, versos en su honor, hablando de sus hermosos ojos. Deliraba continuamente hablando de ese poema durante horas y horas mientras agonizaba. ¿Lo viste en la pared?

—No lo vi. Los viejos encalan las paredes antes de que llegue el siguiente amo.

—Eso imaginaba.

—¿Estás seguro de que sabríais qué hacer, George, si ella cantase y vosotros estuvieseis sueltos?

—Sí, sabríamos qué hacer.

Así que lo dejé allí, prometiéndole que todo acabaría en cuanto pudiera organizarlo.

Al día siguiente visité a Donna Marchesi. Le llevé unas flores, un

ramillete de orquídeas moradas y escarlata. Me recibió en su salón de música y yo, aprovechando la ocasión, le pedí que cantara. Tímidamente, casi con desgana, hizo lo que le pedí. Cantó una selección de ópera italiana que yo conocía muy bien. Fui generoso con mis aplausos.

Ella sonrió.

—¿Le gusta oírme cantar?

—¡Por supuesto! Quiero escucharla de nuevo. Podría hacerlo todos los días sin sentir una pizca de aburrimiento.

—Es usted muy amable —ronroneó—. Quizás se podría mejorar.

—Es demasiado modesta. Tiene una voz maravillosa. ¿Por qué no se dedica a la ópera?

—Canté en público en otro tiempo —suspiró—. En Nueva York, en un musical privado. Había muchos hombres allí. Quizás se debió a un ataque de terror al escenario; el caso es que mi voz se rompió totalmente y el público, en especial los hombres, no fueron muy amables. No estoy segura, pero creo que oí a algunos silbando en señal de desaprobación.

—¡No puede ser! —protesté.

—Sí, en efecto, así fue. Pero ningún otro hombre ha vuelto a despreciar mi canto desde entonces.

—¡Eso espero! —repliqué indignado—. Posee una voz maravillosa y cuando la aplaudí estaba siendo sincero. Por cierto, espero que no le moleste que cambie de opinión y le vuelva a pedir la llave de la puerta del sótano.

—¿Realmente la quiere, amigo mío?

—Con toda seguridad. Quizás no la use nunca, pero me agradecería tenerla. Son estas pequeñas cosas las que me hacen feliz, y esta llave es una de ellas.

—Entonces la tendrá. ¿Podría hacerme un favor? Espere hasta el domingo para usarla. Hoy es viernes y no tendrá que esperar muchas horas.

—Será un placer —contesté, besando su mano—. ¿Volverá a cantar para mí? ¿Me permite que venga a escucharla?

—Se lo prometo —dijo suspirando—. Estoy segura de que usted me escuchará cantar muy a menudo. Siento que de alguna manera nuestros destinos están unidos.

La miré a los ojos, esos ojos amarillos de gato, y fui consciente de que decía la verdad. El destino ciertamente me había traído hasta Sorona para encontrarla a ella.

Compré dos docenas de limas y conduje a toda prisa a través de las montañas hacia Milán. Allí me reuní con los cónsules de las tres naciones implicadas: Inglaterra, Francia y la mía propia. No podían creer mi historia. Les di nombres y tuvieron que admitir que se habían investigado sus desapariciones, pero creían que los principales detalles que les daba no eran más que pesadillas producidas por un consumo excesivo de vinos italianos. Insistí asegurándoles que no estaba borracho de vino del país. Finalmente, avisaron al inspector jefe del departamento de investigación criminal. Éste comentó que ya había oído algunas cosas sobre aquella villa; no mucho, tan sólo vagos rumores.

—Iremos allí el sábado por la noche —me prometió—. Eso reduce su tiempo a esta noche. La señora no intentará atraparlo hasta el domingo. ¿Puede ocuparse de los viejos sirvientes?

—Son inofensivos. Ocúpese de que Franco no escape. Aquí tiene una copia de la llave de la puerta. Entraré antes de las doce. Cuando esté listo, abriré la puerta. Si no he salido antes de la una de la madrugada, entre con sus agentes. ¿Han entendido todo?

—Entendido —dijo el cónsul norteamericano—. Pero aún tengo la impresión de que lo ha estado soñando todo.

De regreso a la casa volví a drogar a la pareja de ancianos, no mucho pero lo suficiente como para asegurarme de que dormirían toda la noche. Yo les gustaba. Era generoso con mi oro y descuidadamente les había enseñado dónde guardaba mis reservas.

Luego atravesé la puerta. De nuevo oí cantar a Donna Marchesi ante un público que nunca le silbaría. Se marchó y entonces uno a uno comencé a distribuir las limas a los desgraciados ciegos, susurrándoles palabras de aliento y preparándoles para la próxima noche. Debían cortar uno de los eslabones de la cadena, pero de forma que la Tigresa no sospechase que se habían liberado. ¿Estaban contentos de tener alguna esperanza de ser libres? No estoy seguro, pero desde luego estaban complacidos ante otra perspectiva.

La noche siguiente dupliqué la propina de los viejos sirvientes. Con lágrimas de gratitud en los ojos, me dieron las gracias y me llamaron querido amo. Los dormí de nuevo como si fueran bebés. De hecho me pregunté en ese momento si volverían a despertar con la dosis de cloral que les había suministrado. Ni siquiera perdí el tiempo atándolos, simplemente los coloqué en sus camas.

A las diez y media comenzaron a llegar automóviles con los faros apagados. Tuvimos una larga reunión y poco después de las once crucé el umbral de la puerta. Rápidamente me aseguré de que todos los ratones ciegos eran de nuevo hombres libres, pero les insistí que actuaran como si aún estuvieran atados hasta el momento adecuado. Temblaban, pero no era por miedo en esta ocasión.

Volví a mi escondite y esperé, y pronto pude oír el canto. Diez minutos más tarde Donna Marchesi había colgado la lámpara en el clavo. ¡Ah! Aquella noche la vi más bella que nunca. Vestida de blanco transparente, su bello cuerpo, su hermoso cabello y largos y delgados miembros hubieran atado eternamente a ella a cualquier hombre. Parecía ser consciente de esa belleza, porque tras repartir entre ellos el suministro de panecillos, varió el programa. Anunció a su público que se había vestido esa noche especialmente para ellos. Describió las joyas y el vestido que llevaba. Sonaba casi grandiosa al describirles su belleza y, metiendo el dedo en la llaga, lo retorció recordándoles que ellos nunca podrían verla, ni tocarla o besarle la mano. Lo único que podían hacer era oírla cantar, aplaudirla y, finalmente, morir.

De todas las terribles cosas que había hecho a lo largo de su vida, ese pequeño discurso dirigido a una veintena de hombres ciegos era ciertamente el clímax.

Y después comenzó a cantar. La miré atentamente y vi lo que ya sospechaba. Cantaba con los ojos cerrados. ¿Se imaginaba a sí misma en un teatro de ópera delante de miles de admiradores embelesados? Quién sabe. Pero mientras duró el canto aquella noche permaneció en todo momento con los ojos cerrados, e incluso cuando acabó, a la espera de los aplausos de costumbre, sus ojos permanecían cerrados.

Esperó en silencio por el aplauso. Pero nunca llegó. Con una ira terrible, se giró hacia la cesta y cogió el látigo.

—¡Perros! —gritó—. ¿Tan pronto habéis olvidado la lección?

Y entonces se dio cuenta de que los ciegos se aproximaban a ella. En silencio y con las manos extendidas palmoteaban al aire buscando algo que ansiaban. Incluso cuando ella les fustigaba y laceraba con el látigo, permanecían en silencio. Entonces uno de los hombres la tocó. Admirablemente, ella no pareció experimentar temor alguno. Fue consciente de lo que había pasado. Debió de darse cuenta, pero no tenía miedo. Su solitario grito no era más que el grito de batalla de una tigresa entrando en acción.

Hubo un único grito, y eso fue todo. En silencio los hombres alcanzaron lo que querían. Durante unos momentos permanecieron apiñados peleando por abrirse paso de pie, pero pronto todos se tiraron al suelo. Era simplemente una masa, y bajo esa masa había un animal moribundo que mordía, arañaba y luchaba.

No pude soportarlo. Lo había planeado todo, había querido que sucediese, pero cuando ocurrió simplemente no pude soportarlo. Cubierto de sudor por el miedo, corrí hacia la puerta y la abrí. Atravesé el umbral y volví a cerrar la puerta con llave. Los policías, que me esperaban en el sótano, miraron escépticos. Parecían pensar que habían acertado y que al final mi historia no era más que producto del alcohol.

—¡Denme un whisky! —jadeé desplomándome en el suelo.

En unos pocos minutos me recuperé.

—Abran la puerta —ordené—. Y saquen a los ciegos.

Uno a uno fueron conducidos a la cocina, y allí los identificaron. Algunos presentaban terribles mutilaciones en sus rostros, arañazos profundos y largos e incluso algunos trozos arrancados a mordiscos, y uno de ellos tenía el labio desgajado. La mayoría lloraba descontroladamente, pero de alguna manera y aunque ninguno lo afirmó, me pareció que todos eran felices.

—¿Qué es eso? —preguntó el cónsul norteamericano, mirando hacia el otro lado del sótano.

—Creo que es Donna Marchesi —repliqué—. Debe de haber sufrido un accidente.